



XXIII.

HEJEMOS á los gendarmes y á Gonzalo guarecerse bajo los árboles del camino, mientras pasa la tempestad, y volvamos á la hacienda del Palmar, donde á aquellas horas se realizaban sucesos de importancia.

Nuestros lectores no habrán olvidado que el maestro albañil, á la cabeza de cuatro peones cargados con sus instrumentos de trabajo, salió del Chopo después de haber celebrado larga conferencia con don Miguel. Aquellos hombres atravesaron los terrenos del Chopo, pasaron los linderos del Palmar, y se internaron recatadamente por los potreros de esta hacienda. Ocultáronse detrás de los arbustos y matorrales para no ser vistos, y esperaron que declinase la tarde para salir de su escondite. Cuando la no-

che cayó sobre la tierra envolviéndola en su manto, adelantaron sin hacer ruido por el campo desierto, y llegaron hasta la presa monumental, levantada en la cañada, no á larga distancia de la ranchería, y que servía para acopiar el agua del cielo en la estación pluvial, y la del Covianes en el resto del año. Era un lago artificial de vastas dimensiones; llenaba la cuenca que dejaban entre sí montes contiguos; culebreaba por el zizás de la cañada; trocaba en terso espejo los angostos desfiladeros de granito; y semejaba en su dilatada extensión, culebra de plata echada y dormida en la garganta de los cerros. A ese inmenso depósito, causa y sostén de la fortuna de don Pedro, dirigía ahora don Miguel las saetas de su cólera. Ya que no había podido humillar á su antiguo amigo en la contienda de tierras, meditaba causarle perjuicio, destruyendo la mejor y más fecunda de sus obras.

Los albañiles del Chopo, seducidos por el aliciente de una buena recompensa, se acercaron como bandidos al grueso dique de piedra que detenía el empuje de aquella inmensa masa de agua, y dieron principio

á su triste faena de destrucción. Iban apercebidos de buena cantidad de dinamita para hacer más fácil y pronto el trabajo. Afortunadamente, en vez de emprenderlo por la parte baja del muro, viéronse obligados á comenzarle por la superior, por temor á un derrumbe que los aplastase. Treparon sobre el borde elevado, que era tan ancho como un camino, y aplicaron las puntas de las barras al macizo pretil que coronaba la construcción, avanzando poco y trabajando con harta fatiga, por la dureza del material y por la solidez de la fábrica. Tenían que hacerlo, además, con suma cautela, por temor de ser oídos. Al fin lograron abrir un agujero. En él depositaron un cartucho del terrible explosivo de que venían provistos, y prendiendo fuego á la mecha, alejarónse del sitio con la mayor rapidez.

Don Simón Ocegüera andaba á la sazón por aquellos contornos ocupado en cautivar el ganado vacuno del Chopo, que había invadido los potreros del Palmar, y que hacía tremendo destrozo en los cañaverales y maizales.

Era éste otro medio inventado por don Miguel para hostilizar á su compadre: dar

suelta á sus reses hacia los terrenos contiguos, so pretexto de que se rompían las cercas, ó de que quedaban abiertas las puertas de los potreros. Día á día entraban en el Palmar centenares de animales que hacían grandes daños en los sembrados; cuando no se comían las tiernas plantas, de tal modo las trillaban, que las dejaban muertas. Tales invasiones se realizaban durante la noche, á la hora en que no podía comprobarse la malicia de tan indigno proceder. Habíase creído al principio pudiera ser cierto lo que se contaba sobre las inocentes causas de aquellos sucesos, y contentábase Ocegüera con mandar el ganado invasor al administrador del Chopo con atento recado suplicatorio de que tuviese más cuidado con él otra ocasión; pero como las irrupciones dieron en ser cotidianas, y el administrador del Chopo contestaba que era el Palmar quien debía cuidar sus intereses, tapando los portillos de las cercas, había acabado don Simón por persuadirse de que aquellas evoluciones no eran más que otros tantos ataques hipócritas dirigidos por Díaz contra Ruiz. No habló sobre esto á don Pedro por no hacerle pasar un mal rato; pero

se propuso rechazar la agresión con la misma energía con que era dirigida. Así fué que tomó la costumbre de pasear todos los días al caer la tarde, y aun durante la noche, por el lindero del Chopo, acompañado de buen número de vaqueros, á fin de capturar el intruso ganado de don Miguel. Una vez en posesión de los animales, remitíalos á la autoridad del pueblo, acompañando la cuenta de los destrozos causados. Pero como Díaz no era hombre que entendiese de razones, continuaba en sus trece, sin darse por entendido. Habíase, pues, establecido una rutina fastidiosa entre los colindantes. El uno lanzaba su ganado sobre el Palmar todos los días; el otro le capturaba y enviaba á Citala. Don Simón estaba cansado de aquella monotonía, y traía entre manos el plan de hacer una hecatombe diaria en tan molestos cuadrúpedos, con el propósito de aplacar á las furias con el derramamiento de sangre inocente.

Andaba, pues, don Simón ocupado en la vigilancia del lindero la noche á que nos referimos, cuando vió en la obscuridad el intenso y breve relámpago de una explosión, y oyó en seguida un gran trueno.

Creó al principio que el estampido y la llamarada provenían de algún rayo caído á corta distancia; pero no tardó en comprender que la causa de tan extraño fenómeno era de índole diversa, tanto por la forma y volumen de la llama, como por el sonido particular de la detonación. Y poniendo el caballo al galope con rumbo al punto donde había ocurrido el suceso, columbró á varios hombres que corrían en dirección opuesta á la suya.

—¡Alto ay! les dijo, párense.

Sin hacer aprecio de la orden, continuaron corriendo; pero los siguió sable en mano, y gritando á los vaqueros:

—¡Agarren esos, no los dejen juir!

Como se hallaban cerca los mozos, y todo estaba en silencio, á excepci3n del cielo, donde sonaban los periódicos disparos de las nubes, pronto acudieron los sirvientes en auxilio de Ocegüera, esgrimiendo los machetes. No fué larga ni difícil la batida, pues no era posible para los de á pie vencer la ligereza de los ginetes; así es que pronto quedaron en cautividad cuatro de los malhechores. Uno de ellos, con todo, logró escapar á merced de la obscuridad de la

noche, agazapado detrás de los matorrales.

—¿Quiénes son ustedes? preguntóles Ocegüera con imperio.

—Unos probes transiüentes, repuso el jefe.

—¿Qué andan haciendo á estas horas por acá?

—Nos sosprenidió la noche en el monte y nos devolvíamos pal pueblo.

—¿Cómo pal pueblo, Citala queda pal otro viento!

—Andábamos perdidos.

—Así me parece, repuso el administrador; á lo que oservo, andan ustedes trasuerdos.

Y luego agregó:

—¿Me parecen ustedes unos sospechosos!

—No sé por qué, señor amo. Con su permiso seguimos nuestro camino.

—¿Qué fué ese fogonazo que se prendió allá delante?

—No sé, amo; nosotros no miramos nada.

—Es extraño, porque se vió por donde ustedes venían. Ahora me acompañan á ver lo que fué.

—Nos perjudicamos, amo, porque después no podemos llegar á nuestras casas, y y viene la tormenta.

—Poco me importa; por bien ó á fuerzas, como gusten. Vamos, caminen por ay. ¡Cuelen!

Y él y los vaqueros obligaron á los albañiles á volver atrás con dirección á la presa. Poco trecho habían avanzado, cuando les salió al encuentro una corriente rápida como un río, que venía arrasando los planchales, con gran empuje y ruido siniestro. Al mismo tiempo oyeron un mugido sordo, como el de una catarata.

—¿Qué es eso? dijo don Simón. Todavía no llueve y aquí viene una corriente.

—Amo, dijo uno de los vaqueros, estos hombres llevan ya el agua hasta la cintura.

—Y los caballos hasta el incuento, observó otro vaquero.

—Vámonos haciendo á un lado, ordenó don Simón, porque si nó, es capaz que nos lleve.

Y desanduvieron lo andado, dirigiéndose á las partes más elevadas del terreno.

—¿Qué es eso, pues? gritaba Ocegüera furioso. ¿Qué es?

Nadie contestaba.

—Amo, dijo al fin uno de los mozos ¿se habrá reventado la presa?

—No puede ser, repuso el administrador; la ví esta mañana y está muy fuerte.

—Pos yo no jallo otra cosa.

La observación hizo mella en Ocegüera, quien, subiendo por la ladera, dijo á sus hombres:

—Esperenme aquí, voy á ver qué miro con los relámpagos, desde arriba; No vaya á ser el demonio!

Apeóse del caballo á poco andar, y siguió trepando por el cerro. Cuando volvió, comenzaba á llover y retumbaban incesantemente los truenos.

—A todos nos va á llevar la trampa, dijo colérico; se reventó la presa y se está vaciando.

—Ansina es como lo pensé murmuró el vaquero.

Los circunstantes se estremecieron de susto. Por momentos aumentaba el estrépito producido por la caída del agua, semejante al de un tumulto popular. En aquel ruido extraño, que la voz del huracán era impotente para dominar había quién sabe qué de siniestro y lúgubre, que infundía pavor y tristeza, Era que significaba mieses destruidas, chozas derribadas, riqueza perdida,

ruina y desolación. Así lo comprendían intuitivamente mudos é impotentes los espectadores de la escena.

—A ver tú, Ponciano, y tú Cristóbal, vayan á la presa á ver que es lo que le miran más de cerca; arrímense; pero no se pongan de modo que se los lleve la corriente. Váyanse por la ladera, á ver si pueden llegar hasta el bordo. . . . Y no tarden,

Los sirvientes echaron pie á tierra, y partieron solícitos.

Entretanto quedó Ocegüera haciendo conjeturas sobre el suceso.

—¡Haiga cosa! dijo; En qué estaría esto?

De pronto recordó la explosión que acababa de ver, y cruzó por su mente una terrible sospecha:

—Esta fué una maldá, gritó; por vida de mi señora madre que fué una maldá. . . . Y estos diantres de sospechosos tienen la culpa. . . . Vamos á ver, continuó dirigiéndose á los cautivos. ¿Qué sucedió con la presa?

—¿Cómo quiere que se lo digamos si no lo sabemos? repuso el jefe atemorizado.

—¡Eso cuéntenselo á su abuela! Ustedes lo saben, y me lo van á desembuchar de luego á luego.

—Será lo que quiera su mercé; pero nosotros lo inoramos.

—Aun cuando lo inoren, tienen qué decirme, y al momento, corriendo. Conque; ¿qué pasó, jijos? . . . Y les soltó una retahíla de insolencias.

Los albañiles insistieron en su negativa á pesar de las urgentes instancias de don Simón. Exasperado el administrador, echó mano al sable, y vociferó colérico:

—A mí no me la pega ningún desgraciado. Ahora mesmo van ustedes á cantar, ó los muelo á cintarazos. ¿No hablan? . . . ¿no hablan? . . . Pues, ¡toma! . . . ¡toma! . . .

Y los repartió sonoros sobre las espaldas de aquellos infelices. Los vaqueros sacaron también los machetes é imitaron el ejemplo del administrador. Todo esto en medio del aguacero y á la luz de los relámpagos. Don Simón estaba tan ciego que no atendía á nada; lo único que le preocupaba era hacer hablar á los sospechosos. Como era tan fuerte y corpulento, los derribaba de cada golpe, y les dejaba anchas huellas en las carnes. La escena fué cruel y repugnante, aunque no larga. Los apaleados pedían misericordia; pero no hablaban.

Esto hizo cambiar de táctica al airado administrador.

—¿Con que son tan porfiados, eh! Yo les haré un remedio para que no vuelvan á hablar nunca. ¡A ver, cojan éste y amárenlo para que le tronemos!

Oceguera no hubiera sido capaz de hacerlo, en honor de la verdad; lo fingía para amedrentarlos. El ardid dió pleno resultado. Apenas sintiose coger por los vaqueros el primero de ellos, perdió la cabeza y se rindió á discreción.

—Amo, no me mate y se lo digo todo, imploró con voz temblorosa.

—Suéltelo, pues, ordenó Oceguera satisfecho. Vamos á ver ¿qué sucedió con la presa?

—Nosotros juimos los que le metimos *cuete*.

—¡Bien lo decía yo! ¿Y por qué, desgraciados?

—Porque nos los mandó el amo don Miguel.

—Es claro, murmuró Oceguera golpeando con el puño cerrado la cabeza de la silla. ¿Cómo no había yo caído en la cuenta?

El descubrimiento le puso casi de buen humor.

—¿Y, ustedes qué dicen? preguntó volviéndose á los otros.

—Que es cierto, señor amo, repusieron trémulos.

—Entonces es otra cosa, continuó el administrador. Ustedes son unos mentecatos que no saben lo que hacen. El otro es el responsable. Nada se les hará, pero se sostiene en la verdad; si no... les trueno.

—Nos sostendremos, señor amo, afirmó el jefe.

El temor de perder la vida, habíales hecho abandonar toda reserva.

—A ver, ordenó Oceguera, formen una cuerda con todos éstos; pero sin lastimarlos... ya estamos de amigos.

En un momento quedaron asegurados los cuatro hombres con una soguilla de cuero, que les ataba las muñecas encadenándolos entre sí.

En esto volvieron Cristóbal y Ponciano de la inspección.

—Amo, aquí estamos de güelta, dijo uno de ellos.

—¿Pudiste averiguar algo?

—¡ A mí se me hace que sí! Está güena la presa; no se ha caído.

—¿Entonces el río de agua que va corriendo por abajo?

—Es porque está despostillado el pretil por el lado de allá. Este y yo llegamos hasta el mero bordo, y lo jallamos todo güeno. Lo vimos con los relámpagos. Para ver mejor, nos trepamos po arriba del pretil y nos juimos todo lo largo hasta que llegamos onde está lo malo. Hay una desmochadura como de media cuadra de las de Citala; pero lo demás está macizo... ¡ Pudo con nosotros! Lo que viene sucediendo es que, como la presa está tan llena por tanto como ha llovido, subió el agua hasta el pretil, y ésa es la que se está redamando.

—¡ Bendito sea Dios! exclamó don Simón.

—Sólo que siendo la presa tan grande, siempre es muncha la agua, y ha de hacer mucho perjuicio.

—¡ Ya lo creo! repuso Ocegüera; pero hay diferencia de que se vaya nomás el pretil á que se vaya toda la presa. No ha quedado por mala intención. . . . De cuenta de don Miguel nos hubiéramos hogado toditos,

Un tanto más confortado, dió la señal de marcha. Caminaron haciendo rodeos dilatados para no encontrar la corriente, y teníanque ir despacio, obligados por la fuerza de la lluvia. Además, los cuatro de á pie andaban muy lentamente por la obscuridad, por el aguacero y por las muchas piedras de que el suelo estaba sembrado. Llegaron á la hacienda después de una marcha penosa, y hallaron en pie á toda la ranchería, alarmada por la inundación. Algunos habitantes de estancias lejanas, habían llegado despavoridos á la media noche, diciendo que el dique se había reventado, y que el agua venía tras ellos arrastrando árboles, jacales, carretas y reses ahogadas. Con esto había cundido el pánico, pues la opinión general era que el torrente no tardaría en llegar á la hacienda, y en arrasar casa, fábrica, cuadrilla y cuanto hallara al paso. Los más tímidos habían emprendido la fuga; otros se apercibían á trepar á los cerros próximos en compañía de sus familias y de lo mejor de sus prendas.

Don Simón y los suyos levantaron un poco el ánimo de los buenos rancheros, refiriéndoles que solamente el pretil se había

roto, y que no era posible que el agua llegase hasta ahí, porque todo el cuerpo de la presa se conservaba intacto y macizo.

—¿Y el amo? preguntó don Simón.

—Salió pa delante en su mulita á ver que vía, dijo uno de los circunstantes.

—¡Bien haya la madre que le echó al mundo! dijo don Simón entusiasmado. Nunca se acobarda, y es el primero en salirle al peligro. . . . ¡A ver! continuó, que metan á los presos *al* troje, y que cierren la puerta con llave mientras vuelvo. . . . ¿Por aquí se fué el amo?

—Sí, po ay, le contestaron varias voces. Buen trecho anduvo Ocegüera antes de encontrarle. Al fin oyó el trote de la mulita y gritó:

—¿El amo?

—Sí, yo soy, repuso Ruiz en la obscuridad.

—Véngase, señor, no es necesario que se exponga; véngase.

—Dizque se reventó la presa, dijo don Pedro con acento sereno; ando viendo lo que sucede.

—Yo le diré lo que hay; vengo de allá.

—¿Pues qué pasa?

—No fué más que el pretil el que se fué: la presa está buena, nada le ha sucedido.

—¿Nomás eso?

—Sí, señor, eso; pero no se reventó, sino que la rompieron *al* propósito.

—No, hombre, no; ha de haber sido la fuerza del agua. Como es tanta, tiene mucho empuje.

—La rompieron, amo, la rompieron; se lo digo porque lo sé. Yo ví cuando saltó el pedazo, y oí el trueno.

—¿Cómo? interrogó Ruiz con ansiedad ¿Ud. lo vió?

—Amo, como se lo digo; pero ya tengo en mi poder á los malhechores, y los hice cantar. ¡A fuerza de cintarazos y haciéndoles creer que los iba á fusilar! . . . Este es el modo, amo, este es el modo. ¡Ojalá me hubiera dejado hacer lo mismo con los que se metieron al Monte de los Pericos! No que don Santiago de á tiro nos hizo menos y los puso en libertad de luego á luego.

—¿Y qué fué lo que confesaron? preguntó Ruiz sin hacer aprecio de la digresión.

—Que han sido pagados por don Miguel para volar el dique.

—¡Hombre! ¡por Dios! exclamó don

Pedro. ¿Hasta allá ha llegado mi compadre?

—Sí, amo, si es capaz de todo; hasta de darle yerba á su mercé. Su mercé no lo quiere creer y no hace más que capotearse los golpes; pero lo que es él, ni se lo agradece, y le tira á muerte á su mercé.

—Pero esto sí pasa ya de la raya. ¿Cuántos son esos hombres?

—Son cuatro; los mandé encerrar en el troje.

—Bueno, don Simón. Vámonos al Palmar.

No habló don Pedro en todo el camino. Al llegar á la hacienda, encontró á la gente de la cuadrilla esperándole en la plaza, delante del corredor.

—Señores, no hay cuidado, les dijo. Nada tiene la presa. Fué el pretil el que se *desmochó*. Si se hubiera reventado la cortina, ya anduviéramos nadando. ¡Acuéstense!

Había tal certeza y convicción en sus palabras, y tal autoridad en su voz, que calmó la zozobra de todos como por encanto, y poco á poco se retiró la muchedumbre á sus casas, á esperar tranquilamente la salida de la aurora.

Don Pedro se apeó de la mula, entró en la troje, y habló un rato con los presos. Luego salió y dió orden de marchar á Citala.

—Usté, don Simón, dijo al partir, se queda aquí para ver como repone los perjuicios que haya causado la inundación. Yo voy al pueblo á ver qué hago para castigar á mi compadre, porque ya no puedo aguantar tanto.

—Está bien, amo, como lo ordene su mercé; pero no le vaya á tener lástima á don Miguel.... Es muy mal hombre. Si no le sienta bien la mano, se seguirá riendo de nosotros.

—No tenga cuidado, don Simón; lo que es ahora me la paga, murmuró don Pedro con fiereza.

Había cesado la lluvia; pero el suelo estaba convertido en un lago de agua y lodo. La marcha fué penosa y dilatada. Poco antes de salir el sol, llegaron á Citala don Pedro y sus compañeros.

Oceguera, por su parte, en vez de entregarse al descanso, empleó el tiempo que faltaba para la aparición de la aurora, en prevenir operarios, palas, picos y azadones á

fin de combatir la inundación y abrir zanjas de desagüe en los terrenos que hubiese invadido. Tan luego como comenzó á apuntar la luz, púsose en marcha con un ejército de peones, rumbo á la presa. El agua se había enseñoreado de todo el campo, desde el sitio de su depósito, hasta una legua de la hacienda. Daba tristeza ver los grandes estragos que había causado. Parecía el campo un lago inmenso; casi formaba horizonte con el cielo. En su fondo habían quedado sepultadas cercas y cañaverales. Algunos árboles asomaban la copa sobre la superficie, como náufragos que dejaban flotar sobre el agua la desordenada cabellera. Afortunadamente era verdad que no se había roto el verdadero dique de la presa; sino sólo la barda superior, obra de ornato más bien que de provecho. Ahora, por caso singular y por la abundancia de las lluvias, había servido para aumentar el caudal de aquel depósito. La inundación limitada y dominada ya, si bien perjudicial en sumo grado, demostraba que no era todo el contenido de la presa el que se había derramado al exterior. A haber sucedido esto, la ola arrolladora habría barrido cuanto hu-

biera encontrado al paso, convirtiendo en montón de escombros la hacienda entera, incluidas la construcciones más macizas.

El activo administrador dió orden de que se abriesen tajos aquí y allá para facilitar el escurrimiento del agua; mandó levantar bardas de terrón en tales ó cuales puntos para evitar que fuesen invadidos terrenos que habían quedado á salvo, y dictó cuantas medidas le aconsejaron la prudencia, la experiencia y su adhesión á don Pedro.

Así pudo salvarse una parte de los plantíos. Al desalojar el agua grandes terrenos, vióse que nada habían sufrido algunos cañaverales. A pesar de esto, calculó don Simón en veinte mil duros el importe de los perjuicios causados por la inundación.

